

LA CULTURA OBRERA ILUSTRADA EN TIEMPOS DEL CENTENARIO

Artículo realizado por Eduardo Deves Valdés, Investigador y Docente Universitario, Doctor en Estudios Latinoamericanos y publicado en **"TARAPACÁ: UNA AVENTURA EN EL TIEMPO"**, Edición Especial Camanchaca N°6, compilado por Juan Vásquez. Taller de Estudios Regionales (TER), Iquique, 1994.

De este documento se han seleccionado algunos párrafos.

El suicidio de Recabarren y el asesinato de Portales cumplen roles análogos en la historia de Chile; análogos por una parte, diferentes, por otra. Son héroes y mártires fundadores. Pero el acto de Recabarren es consciente, es un gran acto de rebelión y desafío. Recabarren se mata y con ello da testimonio de su disconformidad y de su frustración; se inmola por un principio.

Cuenta Clotario Blest que el día 18 de diciembre de 1924 había convocado Recabarren a una gran manifestación popular de repudio a las políticas del gobierno militar. Cuenta Clotario que habiendo concurrido él al lugar designado – me parece que a la Plaza Bulnes- no contó con más de 50 personas asistentes. Fue un golpe terrible para Recabarren. Cuenta que al día siguiente se enteró del suceso por los canillitas que gritaban: Recabarren a muerto, se suicido Recabarren.

(...)La actividad pública de Recabarren va desde 1891 a 1924. Se funde con la época que se ha llamado "parlamentaria", el período de dominio oligárquico. El movimiento obrero funciona al margen del Estado, la independencia de la clase es natural y forzosa, la tarea es construir un mundo y una cultura alternativos al poder. 1925 marca un hito. Recabarren no podrá aceptar, no podrá adaptarse. Se suicida a fines de 1924, ello no deja de ser sintomático. Se mata por una práctica obrera que muere en un Chile que muere.

(...)A mediados del siglo 19 se hace frecuente la idea de "cambiar la condición del pobre", que había aparecido por primera vez con Manuel de Salas. Esto va ir generando una distancia cada vez mayor entre dos sectores del pueblo: uno que tanto por condiciones objetivas como por cambio a nivel de ideas y de mentalidades –cosa normalmente unidas- va ir transformándose en "clase media" (artesanado especializado, empleados públicos, tipógrafos) y otro sector que va a permanecer todavía por bastante tiempo ajeno a los cambios, a las nuevas formas de producción, a las nuevas ideologías.

El proceso decisivo que va a generar este cambio es el proceso de acumulación capitalista y la reinserción de Chile en la economía internacional. Esto se expresa teniendo cuestiones como las siguientes: la importación de artículos de uso cotidiano y de bienes capital que van a modificar fuertemente la producción nacional, el arribo más o menos masivo de los inmigrantes europeos que llegaban al país por razones económicas o huyendo de trastornos o persecuciones políticas, la entrada de la cultura francesa e inglesa con las doctrinas de cambio social y de progreso, la aparición de organizaciones, escuelas, centros, periódicos y todo el universo de la cultura obrera que se automatiza, el desarrollo de las vías de comunicación y transporte.

De este modo, hacia el Centenario (Chile 1810-1910), madura una forma de cultura trabajadora que se venía gestando por más de 50 años y que se identifica por dos posiciones: su diferenciación de la cultura oligárquica materializada en el Estado, su diferenciación de la cultura tradicional pre-ilustrada. Esta cultura trabajadora a que nos referimos alcanza madurez en la confluencia de tres coordenadas: el forjamiento de una ideología, la consolidación de formas de organización y expresión, la creación de una intelectualidad trabajadora.

El escenario en el cual actúa y del cual es fruto esta cultura va a quebrarse en la década del 20; políticamente por la apertura del Estado a nuevos sectores, por las leyes sociales y el fin del parlamentarismo; especialmente por dos grandes remezones, el producido por la Primera Guerra Mundial y el producido por la crisis de fines de década. Luego la clase trabajadora tendrá que readaptarse y recrear un nuevo escenario.

Fue una cultura que admiraba la ciencia, la literatura, el arte, pero no fue cultura de hombres de ciencias ni de arte, fue hecha por trabajadores, manuales muchas veces, que se daban su tiempo para escribir, organizar, representar, hacer política o crear una biblioteca.

Fue una cultura al margen; alternativa al estado y justamente en dicha oposición busco su identidad. Quiso contrastar con la cultura oligárquica. Buscó su identidad en la alteridad. Pero no quiso ser la simple alteridad del pirquinero de Atacama, del arriero de Linares cordillera adentro o del mariscador de las islas chilotas. No es la alteridad de la distancia inconsciente pura y simplemente.

Fue una cultura que se pensó como diferente pero deseando rescatar los verdaderos valores de la cultura dominante. Rescatar, realizar los valores del saber científico o de la democracia política y social traicionados por la oligarquía, se decía. Ello significaba, quizás sin darse del todo cuenta, un afán por incorporarse al mundo de las decisiones, del poder, de la palabra.

Fue una cultura que no quiso olvidar a su opuesta pues se consideraba heredera, heredera de lo mejor de esta tradición que creía moribunda en manos burguesa. Así el obrero se concibió como continuador de Galileo y Copernico, de Dantón y Garibaldi igualmente que de O`Higgins y de Carrera.

1910 es el año del Centenario. Es sabido que por ello mismo, en el desarrollo cultural chileno, tiene el carácter de un balance. En torno a 1910 se genera un proceso de madurez de un sistema: la república tienen cien años. Es el proyecto sarmientino o civilizador que ha alcanzado la realización prácticamente cabal: un cierto positivismo liberal, tíbiamente laicizante, es la ideología no solamente del Estado sino de casi toda persona "culto". Los hombres de 1850 podían ver desde la tumba como su ideario había sido definitivamente traicionado. Chile contaba con ferrocarriles, telégrafos, inmigración europea, instituciones liberales, educación más o menos abundante y escuelas de preceptores, pero no había llegado a ser la Francia o los Estados Unidos de la América del Sur sino una pobre colonia del capitalismo internacional, con una gran población de bárbaros que, como renovados indios pampa, acosaban los terrenos de la oligarquía.

La cultura obrera ilustrada forma claramente parte de este universo. Ella posee igualmente un fuerte carácter sarmientino: ha idealizado la ciencia y la técnica; ha tomado como modelo de su actuar las teorías y las prácticas del movimiento obrero europeo de España o Bélgica; cuenta con líderes que juegan el rol de intermediarios, que viajan y se impregnan para traer las novedades; es urbana y legalista, su arma privilegiada es la prensa; habla la ilustración, progreso y país culto; se organiza en partidos y elige representantes. Es relevante destacar también cómo para esta cultura el imperialismo y el colonialismo no son un problema, lo campesino y lo autóctono tampoco, el indio prácticamente no existe, lo latinoamericano ni siquiera se nombra.

Sin embargo, siendo por todo esto la cultura obrera ilustrada de tiempos del Centenario una parte participante del sistema es, por otro lado, su alternativa. Se plantea al margen y en oposición al Estado, es su afán el construir un mundo paralelo; igual pero mejor, el mismo modelo pero ahora perfecto. Por decirlo de otra manera, un sarmientismo para todos.

La mentalidad está marcada por la herencia ilustrada y la herencia romántica, asimiladas a través del prisma de un modernismo naturalista. Los cisnes de estos poetas son los periódicos y las princesas son las gestas sociales.

Recabarren y en general los conductores ideológicos o políticos de los movimientos de trabajadores, hacia el Centenario, pertenecen claramente a la corriente "civilizadora", en las luchas populares latinoamericanas. Recabarren no es Tupac Amaru, no es la montonera argentina –lejos de él está Facundo o el Chacho-, no es Villa ni Zapata. Los conductores chilenos no son caudillos sino

educadores, funcionarios de la organización obrera; son hombres de pluma y no de espada, de periódicos y de elección; para ellos no hay verdadera lucha popular que no pase por la educación y la organización.

Recabarren en lo "civilizador" es plenamente representativo, tanto en las acciones como en los conceptos, del carácter de las luchas populares chilenas. Es verdadero que entre nosotros también ha tenido sus representantes la línea bárbara (campesina-religiosa-iletrada) pero esta última no se ha enfrentado al poder con una fuerza ni siquiera mucho menor a la que ha tenido la línea "civilizadora". En Chile los trabajadores se han férreamente organizado y además, háyase tratado de organizaciones mutuales, mancomunales, sindicales o demócratas, comunistas socialistas, ácratas o católicas, todas han tenido muy predominantemente el carácter ilustrado. O si se quiere, las luchas de los trabajadores han sido predominantemente las de sus organizaciones; sin menoscabo por cierto que las huelgas de 1890, 1903, 1905, o 1907 hayan superado con mucho a las organizaciones que las promovieran originariamente. Sea por la formación económico-social del país, sea por el tipo de ideología o por las específicas coyunturas que se dieron, el caso de la línea "bárbara" sólo ha tenido manifestaciones esporádicas y marginales. Los grandes instrumentos y motivos de acción fueron la educación, la organización, la sede social, el periódico, la biblioteca, la conferencia, la votación. Todo ello, por otra parte, sólo adquiere la significación que quiero darle al comprenderlo por relación al modelo de sociedad expresado y que proviene manifiestamente de la misma vertiente ilustrada civilizadora.

(...)Es la dialéctica entre laicismo y misticismo uno de los elementos marcantes y reveladores de esta cultura obrera. Para adentrarse en ello la ceremonia funeraria y el mausoleo son vías privilegiadas.

El trabajo obrero se encuentra lleno de riegos. Particularmente en la dinámica de producción de salitre había faenas en las cuales la guadaña de la muerte se hacía presente con frecuencia. Los cachuchos con el caldo hirviendo eran algo así como el extremo infernal de esa Siberia Caliente. Caer en ellos significaba una muy mal agonía. Pero incluso esa muerte, incluso toda estupidez y su absurdo era recuperada para la vida. Fue incorporada a la lucha política como fuente de reivindicaciones por mejores condiciones de trabajo. La muerte fue vista desde el progreso, desde el ensanchamiento de la vida y nunca desde el escepticismo.

No hubo tragedia. La muerte fue un simple accidente dentro del progreso o bien fue el sacrificio del dar la vida por la causa. Se recuperó así buena parte de la mística cristiana. El trabajador humillado, encarcelado o asesinado se hace nuevo Cristo que va lavando con su sangre la suciedad del mundo, que ha entregado su sangre para la regeneración de la humanidad. No hay lamento sino protesta, hay que sacarle el último jugo de vida al masacrado, hay que aprovechar hasta su

muerte en la lucha política, debe transformarse la injusticia cometida en conciencia de nuevos luchadores. Así este sacrificio no alcanza su realización en una vida espiritual, mística, mediada por fenómenos sobrenaturales sino que su realización se alcanza laicamente en la lección o el uso que los vivos puedan hacer de él.

Fue una cultura de la esperanza y de la solidaridad, de la construcción y del sacrificio, del dar la vida por la causa. Mentalidad claramente fáustica, ningún ácrata de la época es nihilista. Cultura en la cual nunca se habla de milagros ni de sobrenaturaleza, donde casi todo es materialismo, aunque de muy particular cuño: los ideales tienen preeminencia, la predica a las conciencias más relevancia que las condiciones objetivas.

El mausoleo es un monumento alusivo a la vida del trabajo, en colores, coronado por obreros con pala o picota o martillo, vestido de azul, blanco o rojo: constructores muy chilenos. Nada de ultratumba. Permanencia sí de las ideas, continuidad en la lucha, conservación del ejemplo. Edificio levantado con los recursos de la sociedad para albergar a los caídos en la lucha después de una existencia de mil batallas por el progreso: mártires de la justicia, héroes en jornadas decisivas, socios que fundaron las primeras columnas. Arco bajo el cual se pasa confirmando la tarea de la vida.

El agitador, el periodista obrero o el poeta obrero es el agente de esta cultura a que nos estamos refiriendo. Es este el intelectual orgánico que va a dar origen al mito del movimiento obrero glorioso.

(...)Me parece que es durante la primera y segunda década del siglo cuando se perfila ya con nitidez la idea del movimiento obrero glorioso, cosa que vuelve a tomar ante el persistente ataque sufrido por los trabajadores organizados por parte del Estado y la burguesía. La cuestión social ha avivado los odios: el oficialismo descalifica, la intelectualidad obrera se defiende y se reivindica. Los diccionarios biográficos obreros de Osvaldo López son los pilares centrales de este mito, la obra de Recabarren aporta los elementos ideológicos fundamentales, la prensa obrera va a ser la constructora.

El agente de la cultura obrera ilustrada así como da forma a dicha cultura paralelamente da forma al mito sobre sí mismo: el agitador y el periodista (la misma persona) se convierte en representante, portavoz, ejemplo, vanguardia trabajadora. Se levanta así una imagen gloriosa del agitador y del movimiento obrero que éste guía.

(...)Erotismo ausente. Hubo si higiene y una rara predica donde se mezclaba amor libre y dulzonería. Ciertamente no fue una cultura signada por el sensualismo. Fue una cultura de la pobreza y la escasez que no compensó con amor el dolor de la existencia sino que lo hizo a punta de militancia. La mujer fue un compañero. En el

mejor de los casos una compañera; jamás la hembra: fuerte, caudal y remanso en la orgía canibalesca de los sentidos.

Aquello que normalmente evoca erotismo fue precisamente mirado desde el no-erotismo. La sexualidad que se pensó como higiene, como liberación femenina, como educación de los hijos o como economía doméstica. La erótica fue ocultada por la política. No sólo la muerte, también el sexo y el amor fueron transformados en reivindicación social.

La palabra cama siempre estuvo cerca de hospital y enfermedad. La cama fue un lugar más de dolor, fue la antesala del sepulcro, sus sábanas blancas fueron el negro fantasma de la muerte.

Una cosmovisión es una forma de comprender el mundo, es también una forma de filtrar o de seleccionar o de construir la información. La cultura obrera ilustrada es ciertamente una manera de concebir los hechos, una manera de recibirlos, de imaginarlos, de construirlos. Los eventos se encadenan se estructuran, se piensan y se responde a ellos a partir de las coordenadas ordenadas que por cierto no son inmutables sino que están en juego con la realidad y sus embates.

(...)La cama y el sepulcro, hospital y funeral, la muerte y el mausoleo. Se diría una cultura negativa. Fue sin embargo una cultura que no se cansó de exaltar la vida...